

PROBLEMAS EDUCACIONALES

Página de gloria para el militarismo y la democracia argentina

COMO SE CIVILIZA A LOS INDIOS

El hambre—

Es una verdad inconcusa que el hambre de los aborígenas del Chaco y de la Pampa, ha dado pábulo para que el capitalismo que explota la industria obrajera de esas regiones desiertas aprovechara esa circunstancia y las cualidades generosas de esa raza en provecho de sus mezquinos intereses. Convertidos los aborígenas en seres indefensos, puestos al margen de la vida colectiva de este país y de todo contacto de cultura y civilización, venían a ser como cosas manejables a voluntad. La pasividad y la ignorancia de los indios dio margen que prosperaran esas inmensas empresas chaqueñas de capitalistas extranjeros que han formado su enorme capital explotando únicamente la vida del aborigen.

Una parte de la prensa grande del país se queja que el gobierno debería ocuparse del problema del indio. Cretinismo, mala fe y desconocimiento absoluto de este problema. ¿Cómo va a ocuparse el Estado de los indios si su misión es defender el oro de las empresas obrajeras que ciava su aguijón de pulpo voraz sobre la lacerada carne de los indios? El Estado, no sólo deja a los aborígenas a merced de la voracidad del capitalismo extranjero, sino que envía también, para dar un carácter más civilizador a su histórica misión, compactas patrullas del ejército nacional para reducir a la impotencia a los indios, incendiando sus tolderías.

¿Por qué se sublevan los indios?—

He aquí un interrogante categórico que son incapaces de responder los buitres obrajeros del Chaco y el democrático gobierno nacional que envía tropas para civilizar a los indios, afianzando de esa manera las posiciones inescrupulosas y criminales de las empresas chaqueñas.

Quienes conocen el carácter y la idiosincrasia de los indios pueden afirmar con imperio que ellos se sublevan por el hambre, por las penosas miserias y por el bestial e inhumano trabajo a que están sometidos.

En la provincia de Jujuy, se somete a los indios a una tarea bárbara y por demás inhumana: se les hace amasar barro... como los yeguarzos. En ese tormento, en ese suplicio, en esa tortura, en ese matadero, hallan la muerte, siempre lenta y terriblemente cruel.

A fuerza de tanta hambre y martirio que pasan los indios en el Chaco, claro, de vez en cuando ocurre una sublevación. Sublevación de organismos cansados, descomposturas de máquinas que carecen de lubricantes. Y entonces se procede a practicar el viejo y acreditado deporte de la caza al indio... Entonces, como es natural, llegan algunas informaciones que los diarios "grandes" publican tímidamente en lugares poco visibles. Y de esta manera nos informamos de hechos infames — como el asesinato colectivo llevado a feliz término con los indios del Chaco — que son una afrenta a la condición de un pueblo que ha suprimido "teóricamente", la vergüenza de la esclavitud.

Los indios del Chaco, por una reacción natural de su físico explotado y flagelado, se rebelan, se sublevan. Son indios mansos, buenos, incapaces de hacer daño, que en un momento de desesperación se levantan alirados. Su sublevación se justifica ampliamente. Pero la contestación es la misma de siempre: bala y más bala...

Pero no por eso dejará de existir el cáncer que roerá la entraña de ese rico territorio "argentino" que es Chaco: la iniquidad de los indios.

El incendio de las tolderías.— Los procedimientos bárbaros y criminales que los anarquistas hemos reprochado en la feroz guerra europea, la devastación y el incendio de poblados, se está realizando, o mejor dicho, se realizó en el Chaco, con miras de repetirse de nuevo.

Todos los procedimientos criminales de los gobiernos guerristas, los están asimilando para sí los infames obrajeros del Chaco para descargarlos sobre los indios indefensos.

Transcripciones de la prensa "grande": "Esta mañana, fuerzas de policía acampadas en la población Napalpi comandadas por los comisarios Sáenz, Loza y Machado, dieron una batida a los indios levantiscos acampados a diez kilómetros al sur, en tolderías, rodeando la casa de Dios Gómez. Los indios los recibieron dando batalla. La tropa echó cuerpo a tierra haciendo varias descargas. Después de una pequeña retirada estratégica, cargaron sobre la toldería incendiándola".

He ahí bien patente una ofensiva moderna empleada contra los indios.

Para reprimir la "insubordinación" de esos pobres desgraciados, esclavos en un país libre, se organiza todo un ejército bien armado y se traza a renglón seguido un plan de batalla. Es la caza al indio, el tradicional deporte asumiendo aspectos de guerra moderna, para dar mayores visos de grandeza a un asesinato colectivo.

Los "Indios blancos"— Los "Indios blancos" son los pólipos que componen las empresas obrajeras del Chaco. Estos sátrapas modernos, en directa convivencia con las autoridades de los territorios, despojan a los indios de sus tierras después de haberlas cultivadas diez o quince años, concedidas en su oportunidad por el gobierno nacional, lo que prueban con documentos fehacientes que tienen en su poder.

No obstante estos sátrapas despojarles sus tierras, también se apoderan de sus bienes y haciendas, con la más sublevante impunidad.

Se diría que las hienas obrajeras del Chaco en connivencia con el gobierno nacional, se hubiesen dado la consigna con el inquisidor gobierno del Perú y sus bárbaros y asesinos gamonales; pues los procedimientos empleados por ambos para exterminar a los indios se identifica a las mil maravillas: el incendio y el saqueo.

¡Viva la democracia americana!

Bombas desde las nubes.— Los indios son hombres, pero en el Chaco se les quema como si fueran cosas despreciables. La guerra implacable que contra ellos se realiza, es atroz, bárbara, ancestral, vergonzosa.

El instrumento de la guerra moderna, que es el aeroplano, no podía faltar para completar la masacre colectiva de los indios. No, ese número de nuevo procedimiento no podía faltar en el programa. Cooperó, pues, un aeroplano para exterminar a los indios con el deleite de un flamante modernismo.

Se descargó a los indios bombas desde las nubes. Se les quemó como a perros, como una raza leprosa cuyo contagio se teme.

¿Cómo se habrá divertido el infeliz que pilotó ese aeroplano desde el cual arrojaba bombas, sembrando el terror entre los indios? ¡Bárbaros! ¡Mazorqueros!

Justificando el crimen.— Las autoridades del territorio del Chaco junto con los chacales obrajeros, para justificar el asesinato colectivo de los indios recurren a la burda mentira, urdida con infamante parsimonia y crasa ignorancia, de una pretendida organización militar de los indios.

En alguna forma había que justificar ese asesinato colectivo, y entonces se recurrió a la mentira resobada de la organización militar. Y mucho más: se recurrió a la invención de que los indios estaban "perfectamente armados y portachados".

Al hambre, la miseria y el trabajo brutal de los indios, se les quiere dar el carácter de una organización militar y no de rebelión instintiva, de defensa de sus vidas, sus haciendas y sus tierras.

Bajo el pretexto de justificar estos crímenes, mañana, cuando los indios se subleven de nuevo aguijeados por el hambre y las injusticias, a nadie se le ocurrirá otra cosa que mandar tropas. ¡Asesinos!

El silencio de la muerte.— En las poblaciones del Chaco donde el asesinato colectivo tuvo proyecciones no imaginadas, el recuerdo de la muerte ineluctable cruza fugaz golpeando las sienes de los que presenciaron ese vandalismo sin precedentes, como el vaho acre que despidió la tierra de sus entrañas que sirvió de mortaja a los indios asesinados barbaramente por los protervos maszorqueros del siglo XX.

Los pobladores de las localidades que fueron teatro de estos sucesos, al recordar fugazmente esta tragedia en su imaginación, agachan sus cabezas avergonzados de haber consentido con su silencio que se llevara a cabo semejante atrocidad.

Por vergüenza, por miedo, por superstición, ya no se habla más de los indios ni de su sublevación, allí, donde se desarrollaron los sucesos.

El silencio de la muerte cruza como un fantasma las selvas vírgenes del Chaco acudiendo para la venganza a los indígenas que sobrevivieron de esa criminal tragedia. Y la sublevación permanece en pie para manifestarse en el primer amago de injusticia que se quiera cometer contra los indios.

¡Así, así se escribe la historia para que lea en estos troqueles de fuego la futura generación de América!

¡A vosotras, hermanas!

A ti, juventud, que eres toda nuestra esperanza, que eres el porvenir preñado de felicidad, se dirigen casi todas nuestras miradas y nuestros desvelos. Tú nos podrás contemplar jubilosos y alegres al verte altiva y libre de todo prejuicio que hace a la mujer sumisa y esclava.

Nos contemplarás tristes y sombrías al ver la flor de la juventud sumergida en el abismo del dolor.

La actual sociedad, más culpable que vosotras mismas, os arrastra y os hunde sin piedad en el vicio horrible, sin que vosotras tengáis un gesto de protesta. Y cuando comprendéis hasta dónde os ha pervertido el fango y el desprecio de los hombres ignorantes, creéis que ya es tarde, que no podéis levantaros del lado que os cubre.

¡No, hermanitas, no! Jamás es tarde cuando comprendéis el error en que vivís. Debéis sacudir vuestras sucias vestiduras, y altivas y resueltas ocupar el puesto que siempre os pertenece y estrechar fuertemente la mano amiga que cariñosa se presta para ayudarnos a recuperar vuestra perdida dignidad; porque cuando una mujer es juguete del hombre ingrato e inconsciente que se complace en hundirla en vez de sacarla del lodo para que vuelva a ser reivindicado su ultraje, merece todo nuestro desprecio.

Y así, hermanas más ultrajadas, como los desprecio a ellos, amo a vosotras, porque sois carne de mi carne, porque pertenecéis al sexo históricamente maltratado por los hombres de toda laya.

¿Véis cómo vivís engañadas, hermanas mías, al creer que porque estáis sumergidas en el fango todos os desprecian y se mofan de vosotras, riéndose de vuestra desgracia y de vuestro dolor?

Jamás creáis eso. Yo os amo; yo os desprecio. Y, como yo, hay millares de seres que sufren al no poder arrancarse del infame vicio en que estáis sumidas. Y os contemplamos con profundo dolor. Porque sabemos que os falta cariño; que a falta de él os encontráis en tan lamentable estado.

¿Quién castigará a los criminales de esta infortunada tragedia que cubre con tanta desgracia, llanto y miseria a los ochenta mil indígenas de toda la provincia de Huancané que, sin exagerar la nota, se mueren de hambre y en las cárceles misteriosas? ¿El gobierno? Nunca. Sin embargo, parece ser que los indios no pierden la confianza al gobierno y se dirigen a él para que les haga justicia castigando a los gamonales.

¡Qué ingenuidad la de esta raza!

No, no es sobre vosotras, hermanas mías, que cae como un rayo destructor nuestro santo odio! Es sobre los verdaderos culpables de vuestra situación que va dirigido nuestro vibrante anatema. Culpa de vuestra desgracia es el régimen actual, causa principal de todos los males. Por eso os alargamos nuestro cariño y nuestra diestra para ayudaros a salir del mil veces maldito lupanar, donde entregáis vuestros besos y vuestras mórbidas carnes a cambio de unas despreciables monedas, a hombres que concurren allí a saciar la bestia de su sensualidad.

¡Pobres infelices! Seguir aún vendiendo vuestras caricias sin siquiera tener conciencia de vuestra vida anormal y desgraciada.

¡Basta, hermanas! ¡Ya es hora que os rebeléis a todos los que quieren humillaros y compraros como simples mercancías!

¡Basta mujeres de ejercer un oficio tan vil, tan depravado, tan lascivo!

Otra bellaquería de los asesinos gamonales del Perú

Los infames gamonales del Perú en connivencia con las autoridades aún no están satisfechos de sangre indígena; continúan su mezquina obra de rapacidad y de crimen con el mayor beneplácito del gobierno del dictador Leguía.

Horrorizados se habrán quedado quienes han leído la dolorosa narración que sobre los trágicos y bárbaros crímenes del Perú hicimos en el número 33 de NUESTRA TRIBUNA.

Pues a esa enorme cantidad de crímenes, a esa infame destrucción de escuelas, a ese horripilante saqueo e incendio de las comunas indígenas del Perú que narráramos en nuestro número ya citado, debemos agregar otros muchos de estos feroces atropellos a la vida y a la tranquilidad de los indígenas. Estos crímenes, dignos de figurar en los días sangrientos de la inquisición, sublevan nuestra sensibilidad y conciencia, nos mueven a protestar y a denunciarlos públicamente para que sean conocidos por todos.

He aquí el eslabón que agregamos a la ya larga cadena de crímenes perpetrados con los indios del Perú: Los ochenta mil indígenas que habitan la provincia de Huancané han sido víctimas de saqueos y de una sangrienta hecatombe, realizada por la terrible confabulación de los gamonales, quienes con pretextos inventados e injustos de sublevación y plan revolucionario de los indígenas, han sido atacados violentamente por batallones de gendarmes y por cuadrillas armadas de ladrones y asaltadores, sostenidos en las haciendas por los gamonales, quienes capitaneados por un tenebroso criminal, Lucas Darío Carpio, los han baleado sin motivo alguno y en sus propias cañafas, victimando a los siguientes indígenas: Benito Cevaquirá, Baltazar Blanco, maestro de la escuela de los indígenas; Gregorio Coaquira, Leonardo Coaquira, Domingo Coaquira, José Coaquira y Berna Quispe.

Además de esto, han saqueado todos los enseres de trabajo, viveres y ganados para venderlos en La Paz (Bolivia).

En la parcialidad de Jaá han incendiado más de cuarenta casas, y casi la misma cantidad de escuelas, para apagar los clamores de Justicia que mañana se anidaría en los corazones de los hijos de los indígenas.

¿Quién castigará a los criminales de esta infortunada tragedia que cubre con tanta desgracia, llanto y miseria a los ochenta mil indígenas de toda la provincia de Huancané que, sin exagerar la nota, se mueren de hambre y en las cárceles misteriosas? ¿El gobierno? Nunca. Sin embargo, parece ser que los indios no pierden la confianza al gobierno y se dirigen a él para que les haga justicia castigando a los gamonales.

En la segunda categoría hay que colocar, a consecuencia de una nefasta dirección de la educación y no por culpa de la naturaleza, a los gamonales.

ESBOZOS AMARGOS

¡Ah! Ojalá no hubiese llegado nunca ese tren.

Teodoro Martín, en el momento que hallábase haciendo maniobra junto a la máquina, fué arrollado por la misma. Este al verse perdido, hizo su último y supremo esfuerzo: tiró la linterna de señal e hizo la última tentativa para salvar su vida; fué intrépido; se arrojó sobre los paragolpes, pero fué en vano. Ni la fuerza hecha por su propio esfuerzo ni la del supremo en el cual creía en vida, pudieron salvarle. Terminó su vida fracturado por un vagón que le ocasionó la muerte.

La Sociología en la Escuela

Está plenamente reconocido desde hace tiempo, que la peor ignorancia no consiste en ignorar, sino en saber mal las cosas.

Los errores más funestísimos son los que hacen de una verdad mal comprendida.

A cada instante tropezamos con dificultades que nacen de un error de apreciación, de un falso punto de partida en la interpretación de una idea o de un principio. ¡Cuántos hay que se dicen adversarios de opiniones que han interpretado mal y de las cosas que sacan consecuencias tan absurdas como inesperadas!

Es tan grande el mal que causa la falsa ciencia, que es preferible a ella la ignorancia.

En efecto, no es raro encontrar personas completamente incultas cuyo buen sentido nos maravilla, mientras que estamos rodeados de gentes que han hecho lo que por antitesis se ha dado en llamar, unos buenos estudios, y que son incapaces de la menor iniciativa, cuyo bagaje universitario únicamente les ha servido para desviar la inteligencia del camino recto en que en tan fácil y tan agradable se ir avanzando.

¿De dónde viene esta aparente contradicción?

Parecerá que emito una paradoja si os afirmo que nuestro hombre inculto es cien veces más instruido que este triste fruto seco que sale de nuestras escuelas, y sin embargo, es un averdado. He aquí por qué.

Puede darse muy bien que el hombre entregado a sus propios impulsos no haya pasado indiferente entre su medio vital, que haya observado sus particularidades, establecido ciertas comparaciones entre los hechos y sus causas, en una palabra, que haya recibido de las mismas cosas lecciones de inapreciable valor. Habitado de este modo a confrontar lo real y tangible con sus consecuencias, lo extraño sería que hubiese pasado al lado de la verdad sin reconocerla, por lo menos en el límite del lado utilitario de las cosas, sobre el terreno fatalmente estrecho de los sucesos de su vida vulgar.

Me apresuro a añadir que no generalizo con este ejemplo; por desgracia es demasiado verdadero que la ignorancia es siempre una causa de error y de males de toda clase. He querido simplemente mostrar el poder de la observación como medio educativo.

Pero, ¿qué esperar del buen sentido de un hombre que está acostumbrado a tomar siempre fuera de él mismo, la regla de su conducta a causa de la viciosa costumbre de no pensar sino a tenor de sus libros y de sus maestros?

Se ha dicho que los hombres, desde el punto de vista intelectual, se dividen en tres categorías: Unos que comprenden las cosas con el auxilio de sus propias facultades naturales; otros que tienen necesidad de que se les expliquen, y los últimos que no comprenden nunca nada.

En la segunda categoría hay que colocar, a consecuencia de una nefasta dirección de la educación y no por culpa de la naturaleza, a los gamonales.

Teodoro Martín creía en dios. ¿Dónde estaba el supremo y omnipotente redentor en ese momento de la muerte de él? ¡Misterio!...

El lamentado Teodoro conmovió la sensibilidad de todos los que lo oyeron. Y una voz al unísono se elevó en el espacio: — Deja cinco pequenuelos...

Mañana, cuando veáis por las calles del pueblo a mendigos pidiendo pan y tendiendo las manos a los transeúntes implorando caridad, acordáos de los hijos de Teodoro... Y diréis conmigo: siempre somos nosotros los productores los que sufrimos todas las calamidades, todas las injusticias, todas las desgracias.

Debemos pues emanciparnos para que el derecho a la vida esté asegurado para todos

Cuando veamos mendigos implorando apelemos a nuestro óbolo solidario, digno, altruista, humano.

Elie F. Montanti.

Metileo.

a la gran mayoría de los que han frecuentado las escuelas, porque sus cerebros están disciplinados desde el comienzo de los estudios, porque están habituados a recibir la palabra del maestro como una verdad inmovible, porque están habituados a inclinarse ante una autoridad, ahogando de este modo la actividad intelectual que una gimnasia inteligente hubiera desarrollado en ellos.

Sobre el particular estamos todos de acuerdo en principio; únicamente que, por desgracia, poco numerosos son los que tienen el valor de vencer a la rutina, la cómoda, la deliciosa rutina, para aplicar aquella teoría tan universalmente reconocida.

Y sin embargo, no hay opiniones tan sólidas como las que podemos hacer nuestras con pleno conocimiento de causa, y que basándose en la personal observación de los hechos, no sobre abstracciones más o menos vagas, pueden afirmarse y ampliarse por medio de la discusión.

Por el contrario, además de la pérdida de nuestra iniciativa, hay otro peligro que resulta de la educación dogmática. Toda idea que se nos inculque a la fuerza y por sorpresa, cuando nuestro cerebro no está aún en disposición de recibirla libremente, por elección; cuando, sobre todo, esta misma idea ha sido también recibida dócil y superficialmente por el mismo individuo que nos la trasmite, sin haber sido lo suficientemente preparada y dilucidada, esta idea nos entrega sin defensa a los hábiles sofismas de los interesados en llevar la confusión a una inteligencia inexperta y pueden lanzarnos en un camino totalmente contrario al que queremos conducirnos.

Estas reflexiones me conducen a la cuestión que me he propuesto estudiar con vosotros.

¿Hay que enseñar, sí o no, sociología en las escuelas?

La respuesta es clara. Si es verdad que el objetivo de la educación consiste en ayudar a los hombres a formarse, verdad será también que debe enseñárseles la ciencia social. Únicamente que hay que entenderse sobre este punto.

Para mucha gente, y desgraciadamente para muchos maestros, la ciencia social está contenida por entero en sus periódicos, en los problemas de emancipación que tan vivamente agitan nuestra época.

Todo su saber consiste en inculcar a sus discípulos sus opiniones preferidas, a fin de que causen en los cerebros una impresión imborrable, que se implanten en ellos y se extiendan ni más ni menos que a semejanza de una hierba parásita. Todo lo que han podido encontrar mejor para formar libertarios es obrar al modo de los curas de todas las religiones.

(Continuará).

¡ESCUELA!...

De tan augusto templo es, el maestro, venerable apóstol. ¡Cuánto merece! y ¡qué justo y qué noble es cuanto se haga por su misión la desempeñe en un huerto más lleno de flores, con menos espinas!... Y los que han llegado a comprender que es él, el sembrador de los campos que ofrecerán mañana el fruto sano y dulce con que se alimentarán los que han de continuar la obra de la civilización y del progreso, merecen el más sonoro aplauso.

¡Ojalá! todos los maestros comprendan lo grandiosa que es la misión que desempeñan y sean dignos, merecedores del bien que para ellos, hombres de corazón e inteligencia, se afanan en sembrar. Que ninguno manche ese lugar que encierra la hora bendita de todos los seres: la niñez: Que velen por la escuela-hogar y templo de la hora más risueña de la vida, porque en ella se vive niño ¡hasta después de viejo!... En ella quedan sepultadas las zozobras, las sonrisas, las emociones primeras; en ella queda escondida la aurora más hermosa: nuestros 7 años... (¿Quién no quisiera volver a tenerlos?)

¡Escuela!... dulcísimo recuerdo que todas las tempestades de la vida no alcanzan a borrar. En ella queda la hora bendita de la vida en que todo es a nuestro alrededor de la Primera Categoría.

La vida en que todo es a nuestros ojos: sano, bello, albo cual nítida azucena. Es para esa hora, la escuela, mausoleo que adorna siempre las rosas del recuerdo!

Los que por su bien velan, los que a ella se consagran, todos los que han tenido un gesto generoso para ella, son los pocos que han demostrado comprender el verdadero camino del progreso y de la civilización, el verdadero camino de la felicidad. Y la escuela es el maestro. Que él sepa corresponder a todas horas, con amor a los niños, todo el bien que reciba, para que la obra de los hombres buenos, florezca y dé frutos. Y para los que de él se preocupan, dando un ejemplo al coloso de la injusticia, mi aplauso, ¡un aplauso del alma! porque el bien que reparten, irá también hasta los niños, cariñosos amigos de los días lindos...

A. A. Ramírez de N. Rosas.

La categoría de los maestros

Pese a todos los reglamentos y títulos, leyes humanas al fin, los maestros, por otra ley de más alta procedencia, se dividen en dos grandes categorías:

Los maestros de verdad y los maestros títeres.

Los primeros, viven la vida del alma con la misma serenidad que vivieran la vida del hogar.

Para ellos, su superior mediato e inmediato es la conciencia; su reglamento el corazón.

Sábese también que dicha enseñanza evita la comparación con las demás, por temor de que el alumno, en un arranque de empirismo, analice, compare y deduzca la enorme inferioridad de la primera sobre las restantes. Cuando se dignan oponer a la enseñanza pía, la racionalista o tan siquiera la laica, los encargados de ello, procuran escoger y truncar los fragmentos oñibles para que de la comparación parcial, brote visiblemente la deseada ventaja.

Tampoco acepta la crítica. De ahí su cerril sectarismo; su férreo dogmatismo.

Pero como el mundo marca, es decir, como el progreso científico prosigue su avance, aunque con tarda lentitud, es necesario que los pedagogos de la enseñanza religiosa desplacen sus conceptos; hacia los nuevos descubrimientos de la ciencia, hacia las nuevas experimentaciones, que socavan cada día más, la mina infranqueable que los separa de la ciencia teológica. Por eso la enseñanza religiosa hoy es una escuela híbrida de delirio y de laicismo, una doctrina ambigua que se esfuerza en retener la fabulosa caída de su dios; que admite ya en su seno a Dios y al diablo; que oscila entre mantener lo absurdo y lo risible o aceptar las nuevas abstracciones de la metafísica del laicismo. Las luchas titánicas sostenidas entre ambas enseñanzas o sea la religiosa y la laica, han perdido su virulencia de antaño; han limado sus viejas asperezas, y es que ambas se han hecho mutuas concesiones; la religiosa ha aceptado algo de laicismo mientras que la laica pacta con Dios que ellos disfrazan con el denominativo de providencia; ambas se hallan confundidas en un abrazo fraternal en la cúspide de su tópic sinietro: la Patria.

La reanudación de las relaciones entre la República francesa y el Vaticano demuestra que no es tan fiero el león delista como lo pintan. Por lo menos, así debe parecerse al gallo galo que de nuevo deja su canto matutino de jacobino para cantar "tediums", kirieles y elegías de chanter.

La enseñanza religiosa cuando es oficial o sea aceptada e impuesta por el Estado, tiene apariencias de rigidez e intransigencia, pero cuando de oficial pasa a ser libre es decir, cuando de la imposición pasa a la oposición se le va tomar disposiciones apreciables de transigencias y de concesión. Su elasticidad no sigue las evoluciones de la verdad, sino los contornos de la conveniencia; no cede el terreno a la ciencia y a la verdad por temor a las mismas, por acatamiento al progreso y veneración a la luz, sino por impredecibilidad para su sector, por instinto rapax de sobrevivir.

Hay excepciones naturalmente: mas cuando uno de los maestros de la Primera Categoría va a ascender, cuántos bellos, cuántas protestas!

Porque la minoría es la minoría, y no hay que hacerle.

Así seguiremos por los siglos de los siglos: haciendo obra de verdad, unos, haciendo se que hace, otros.

Mirando hacia el porvenir, unos. Conformándose con el presente, otros; los mejores, deseosos de proteger el Yo, que es lo único que tienen.

Por eso, hay solo dos categorías, perfectamente descritas por Victoriana Malharro: "Los aptos y los adaptables".

Mas yo los califico de otra manera: Los que tienen dignidad, y los que les falta vergüenza.

Polá Stránger.

Es de todo punto innegable que la enseñanza religiosa o teológica embrutece absolutamente la inteligencia de niños y adultos que tiende a predisponer al delirio y a la sumisión a todo lo estatuido.

Por eso la materia escolar que más abunda en la mentada enseñanza, es la historia sagrada y la moral religiosa llamadas a ocupar por completo el cerebro del educando y las que menos emisión tienen son las ciencias naturales, físicas, química, astronomía, botánica, etc., que podrían avanzar en su mente la duda como dice Volney, "principio de la sabiduría".

Sábese también que dicha enseñanza evita la comparación con las demás, por temor de que el alumno, en un arranque de empirismo, analice, compare y deduzca la enorme inferioridad de la primera sobre las restantes. Cuando se dignan oponer a la enseñanza pía, la racionalista o tan siquiera la laica, los encargados de ello, procuran escoger y truncar los fragmentos oñibles para que de la comparación parcial, brote visiblemente la deseada ventaja.

Tampoco acepta la crítica. De ahí su cerril sectarismo; su férreo dogmatismo.

Pero como el mundo marca, es decir, como el progreso científico prosigue su avance, aunque con tarda lentitud, es necesario que los pedagogos de la enseñanza religiosa desplacen sus conceptos; hacia los nuevos descubrimientos de la ciencia, hacia las nuevas experimentaciones, que socavan cada día más, la mina infranqueable que los separa de la ciencia teológica. Por eso la enseñanza religiosa hoy es una escuela híbrida de delirio y de laicismo, una doctrina ambigua que se esfuerza en retener la fabulosa caída de su dios; que admite ya en su seno a Dios y al diablo; que oscila entre mantener lo absurdo y lo risible o aceptar las nuevas abstracciones de la metafísica del laicismo. Las luchas titánicas sostenidas entre ambas enseñanzas o sea la religiosa y la laica, han perdido su virulencia de antaño; han limado sus viejas asperezas, y es que ambas se han hecho mutuas concesiones; la religiosa ha aceptado algo de laicismo mientras que la laica pacta con Dios que ellos disfrazan con el denominativo de providencia; ambas se hallan confundidas en un abrazo fraternal en la cúspide de su tópic sinietro: la Patria.

La reanudación de las relaciones entre la República francesa y el Vaticano demuestra que no es tan fiero el león delista como lo pintan. Por lo menos, así debe parecerse al gallo galo que de nuevo deja su canto matutino de jacobino para cantar "tediums", kirieles y elegías de chanter.

La enseñanza religiosa cuando es oficial o sea aceptada e impuesta por el Estado, tiene apariencias de rigidez e intransigencia, pero cuando de oficial pasa a ser libre es decir, cuando de la imposición pasa a la oposición se le va tomar disposiciones apreciables de transigencias y de concesión. Su elasticidad no sigue las evoluciones de la verdad, sino los contornos de la conveniencia; no cede el terreno a la ciencia y a la verdad por temor a las mismas, por acatamiento al progreso y veneración a la luz, sino por impredecibilidad para su sector, por instinto rapax de sobrevivir.